

II.

**Un beso en el brazo.**

Hemos perdido de vista á M. de Ravigny; pero Esther, á pesar de su entusiasmo por el teatro, no le había olvidado. Después de su desgraciado éxito del Gimnasio, el estudiante se había convertido en doctor, y había sido nombrado secretario de embajada.

Le veía de cuando en cuando en casa de su hermana; pero aunque estaba muy deferente y amable con ella, latía su corazón de tal manera cuando le veía, que apenas se atrevía á hablarle.

—¿Irá V. á verme representar pasado mañana?—le preguntó un día.

Era antes de su triunfo en Roxana.

—¡Sin duda alguna! Mis amigos y yo.

M. de Ravigny estaba en primera fila, pero no con sus amigos, que habían tenido miedo de encerrarse en un teatro. En cuanto á él, aplaudía con entusiasmo. Pero, ¿qué significa un solo amigo en una sala casi desierta? Él contaba con un triunfo, y no fué más que un mediano éxito.

—¡Oh! Los parisienses (exclamó M. de Ravigny) se figuran que forman la opinión cuando la reciben hecha de los periódicos; no se abandonan á sus propios sentimientos por temor de hacer un papel ridículo; así es que nunca pasan de precursores.

M. de Ravigny estaba furioso de ver tan fríos á los parisienses, á pesar de sus esfuerzos.

Fué al cuarto de Esther después de la representación; la joven estaba llorando: él la abrazó.

—No he representado más que para V. (le dijo ella); pero si no viene V. mañana, estoy perdida.

M. de Ravigny fué todas las noches.

Esther no volvió á llorar; no se atrevió á confiarse á Valía; pero un día dijo á Lili:

—¿No es verdad que me ama, puesto que viene todos los días?

El joven daba mejor que el jefe de la *claque* la señal de los aplausos.

Hasta entonces había estado casi solo en el cuarto de la joven actriz; pero bien pronto se llenó de admiradores el vestuario. No faltaban ni los partidarios del estilo romántico; pues al representar Esther las obras de los antiguos maestros, levantaba la bandera de la escuela antigua. Una noche, sin embargo, se encontró sólo con ella.

—Está V. muy bonita,—le dijo.

Y le besó el desnudo brazo.

—Bien poca carne,—hubiera dicho Rabelais.

—¡Salga V.!—exclamó Esther con trágico ademán.

No tomó él en serio estas palabras; pero ella continuó:

—¡Conoce V. muy bien que le amo!

—No es razón esa para echarme.

—Sí, porque V. no me ama como yo le amo.

—No comprendo.

El joven intentó besarle el otro brazo; pero ella le miró con una expresión que le mantuvo á cierta distancia.

—Comprendo (dijo Esther), que me quiere V. tomar como su amigo ha tomado á Valía; pero yo no quiero ser querida de V.

Él era un hombre de mundo; con aquellas palabras estaba dicho todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO V. 188"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO